

siones no se agotaban, y como siempre, las preocupaciones dividían los espíritus.

Que Jesús fuese un profeta, esto se imponía. ¿Pero cuál? Creíase entonces en el pueblo y hasta en las escuelas, en el regreso del alma de los muertos entre los vivos. Esta creencia extravagante se ejerció á propósito de Jesús: —Es Elías, declan unos.—No, es algún profeta antiguo, respondían otros. Y aquellos que habían admirado á Juan, afirmaban que era el mismo Juan resucitado de entre los muertos.

Todos esos ruidos populares llegaron hasta la corte del tetrarca, en donde, sin duda también, la persona de Jesús era discutida. El nombre de Juan, asociado al de Jesús, turbó el alma de Herodes; él estaba perplejo. No sabiendo qué pensar, y sufriendo él mismo la superstición de la multitud, dijo: Ese es Juan á quien yo hice decapitar, helo aquí; ha resucitado entre los muertos; por esto obra prodigios. Y Herodes temblaba. Hubiera querido ver á Jesús.

Los doce regresaron de su primer viaje. Encontraron á su Maestro en Capharnaum y le refirieron todo lo que habían hecho y enseñado. Mas la multitud había acudido. Se iba y se venía; la casa estaba obstruida; Jesús y los suyos, observando uno de los Evangelios,¹ no tenían ni el tiempo para comer. El experimentó la necesidad de platicar con sus discípulos en la intimidad, y quiso procurarles algunos días de silencio y de calma. La noticia de la muerte de Juan le advirtió dolorosamente de la suya. Se acercaba el momento de iniciarles en el misterio de sus sufrimientos. Se levantó.

—“Venid aparte,” les dijo, “á un lugar solitario para vosotros y descansad un poco.”

Subió á una barca con sus discípulos, les dió orden de atravesar el lago y de remar hacia la ribera oriental, del lado de Bethsaida.

¹ Marc. VI, 31.



CAPITULO IX.

LA CRISIS MESIÁNICA EN GALILEA.

La ribera Noreste del lago de Genezareth, entre la embocadura del Jordán y el ouady Djebarieh, es un llano conocido actualmente bajo el nombre de El-Batyheh, fértil, regado, siempre verde. Ella dibuja un vasto triángulo del que el lago forma la base, el Jordán y las montañas del Gaulan los dos lados. Bethsaida—Julias, que no se debe confundir con Bethsaida en Galilea, estaba situado en la cima del triángulo á poca distancia del río, á legua y media del lago, sobre un montículo que se sujeta á las colinas más elevadas de la cadena del Gaulan.¹ Todo ese distrito de la baja Gaulonitide formaba,—con la Auranitide, la Betania, la Iturea y la Trachonitides,—la tetrarquía de Philipo, hermano de Antipas. Ese príncipe no tenía nada del mal genio de su familia. De un carácter dulce, justo y pacífico, él no recordaba á su padre sino por el amor á las artes. Desde su coronación se ocupó en fundar dos ciudades: la una en los manantiales del Jordán, sobre la situación

¹ La situación de Bethsaida—Julias, en el lugar mismo que indicamos, parece incontestable. El está netamente indicado por Josefo, Bell. Jud., III, 10, 7, y por Plinio, Hist. Nat. I, V, c. XXV, § 15.—Cf. Victor Guérin, Descripción de la Palestina, 3ª part. La Galilea, I

misma de la antigua Panias, que él llamó Cesarea, en honor de César; y la otra, cerca del lago, no lejos de la pequeña aldea de Bethsaida, á la que tituló Julias, en honor de Julia, la hija de Augusto.¹

No queda de la antigua ciudad sino el montículo El-Tell, en donde ella fué edificada y ruinas informes; ella ha desaparecido como tantas otras ciudades palestínianas del tiempo de Jesús; sus monumentos de basalto están arruinados de arriba á abajo; las piedras rotas han servido para construir las chozas de los Beduinos. Se hallan todavía fragmentos de dinteles y de columnas en las murallas secas de sus miserables bodegas. En vano se busca la huella del mausoleo de Philipo, que quiso ser sepultado en Julias; el nombre del tetrarca está olvidado, pero los indígenas conocen el de Jesús, ellos muestran cerca de la fuente de El-Tell un árbol gigantesco, y dicen que el Mesías descansó á la sombra de su espeso ramaje.

Hacia el llano y las colinas desiertas que avicinan á Bethsaida fué á donde Jesús con los suyos quiso retirarse. De Capernaum á la ribera de la baja Gaulonitide, la travesía del lago se hace en una hora. Es verosímil que la barca que llevó á Jesús vino á abordar no lejos del sitio actual de Douka.

Su partida precipitada fué muy pronto conocida en la ciudad. La multitud habiendo visto navegar á la barca hacia la embocadura del Jordán, se dirigió al camino que costea el lago, para reunirse al Profeta. Jesús, quien, al descender de la barca, se había dirigido hacia la montaña, no tardó en verla llegar. Se acudía á él de todas las ciudades vecinas; él había venido á buscar la soledad, y su Padre le enviaba todo un pueblo. Esta solicitud le conmovió, y acogió á todos con bondad.

El favor popular, tan embriagador para el hombre público, le dejó tranquilo, él no experimentó ni exaltación ni contrariedad. Si por una sabia reserva, él desconfió algunas veces, él no vió en la multitud sino desdichados que salvar. El lanzó

¹ Antig. XVIII, 2, 1; Bell. Jud. II, 9, 1; Antig. XVIII, 4, 6.

sobre ellos una mirada llena de compasión, él adivinó las miserias morales; ella le pareció como un rebaño sin pastor; entonces él curó sus enfermedades y la enseñó.

Esta región solitaria pareció propicia á Jesús para continuar su apostolado. Se puso á hablar del Reino de Dios, desde lo alto de una colina á donde se había retirado, atrayendo tras de sí á la multitud. Se olvidaban las horas al escucharle. El día caía, el sol había desaparecido detrás de las montañas de Galilea, y Jesús hablaba todavía. El crepúsculo, en Oriente, es de corta duración, la noche cae bruscamente.

Los apóstoles, inquietos, vinieron á su Maestro y le dijeron:

—Este lugar está desierto, y ya es tarde; despídelos; que vayan á las aldeas y caceríos vecinos; ahí hallarán abrigo y víveres.

Jesús les dijo: "Tengo piedad de este gentío. He aquí tres días que me siguen; ellos no tienen que comer. Si yo los despido en ayunas, desfallecerán en el camino; muchos de ellos han venido de lejos."

—"Dadles vosotros mismos de comer," agregó sin turbarse."

Esta respuesta les sorprendió.—Cómo ¿iríamos á comprar doscientos denarios de pan, á fin de darles de comer?

Evidentemente los discípulos no pensaban en la potestad de su Maestro. Ninguno de ellos pensó en decirle que el sabía proveer á todo. El quiso, sin embargo, provocarles esta confianza:

—"Felipe, exclamó, ¿en dónde compraremos pan para que coma esta multitud?"

Pero Felipe respondió como todos los demás:—Lo que se tuviera de pan por doscientos denarios no bastaría para que cada uno recibiera un poco.

Entonces dirigiéndose á todos, Jesús les dijo: "¿Cuántos panes tenéis? Id y ved."

Uno de los discípulos, Andrés, hermano de Simón, se informó y vino á decirle:—No tenemos más que cinco panes y dos pescados; ¿pero qué es esto para tanta gente?

—Había allí mas de cinco mil hombres, sin contar á las mujeres y á los niños.

Las preguntas repetidas de Jesús no hacen más que confirmar á los apóstoles en el sentimiento de su impotencia. Pero él tiene su designio, y la obra que él medita aparecerá tanto mas resplandeciente á los ojos de los suyos cuando su impotencia haya sido mejor establecida.

—“Traedme, dijo, los cinco panes y los dos peces, y haced sentar á la multitud en el césped, en grupos de cincuenta.”

Los apóstoles obedecieron.

La multitud se desarrolló en dos hileras, por cincuentenas, sobre la colina, en la verde yerba.

La Pascua estaba próxima.

No pudiendo, Jesús celebrarla este año en Jerusalem, por causa del Sanhedrin quien ya le había condenado á muerte, quiso celebrarla, á su modo, en el desierto.

Tomó los cinco panes y los dos peces, elevó los ojos al cielo, y, después de haber dado gracias, bendijo, partió los panes y dió los pedazos á sus discípulos, á fin de que ellos los dieran al pueblo; en seguida, dividió los dos peces, y dió tanto como se quería. Los panes y los peces se multiplicaron en sus manos.

Todos comieron y quedaron satisfechos.

—“Recoged lo que sobra,” dijo á sus discípulos, “para que nada se desperdicie.”

Los fragmentos de pan y de los peces llenaron doce cestos.

A la vista de este prodigio, la multitud quedó sorprendida y admirada.

—He aquí verdaderamente, se exclamaba, al Profeta que debe venir.

Esta potestad que multiplica y trasforma las cosas es la misma que las ha creado y las conserva. Dios llamando con una sola palabra á los seres para que ellos sean y para que ellos vivan, y Jesús alimentando á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, no forman más que uno. Es la misma fuerza, la misma sabiduría, la misma bondad. Siempre que el Hijo

del hombre deja resplandecer su potestad infinita,—que él cure á los enfermos, rescite á los muertos ó sacie á los que tienen hambre,—obedece á un sentimiento de compasión.

Por bondad Dios obra en el exterior, por bondad es como Jesús opera.

La vista de esta multitud que había acudido de todas partes para reunírsele, siguiéndole á donde él la atrae, en pleno desierto, sin pensar en proveerse de viveres, su entusiasmo para escucharle, le conmovieron; no quiere que ella sufra por causa de él, que ella padezca el hambre. El que rechazó como una tentación del Malo la idea de cambiar las piedras en pan, á fin de nutrirse, él no vacila en apelar á su Padre en favor del pueblo que le rodea.

Mal se mediría la potestad que atestigua este milagro, si se la restringiese á este hecho aislado. Jesús ha hecho mas que saciar á cinco mil hombres en un desierto; queda en su supervivencia, el alimentador de la humanidad, siempre amenazada de morir de inanición en esta tierra. Ella tiene necesidad del pan material, y ella no le puede tener sin el trabajo que fecunda el suelo, la austeridad que procura el fruto de la labranza, la justicia que garantiza la posesión, la caridad que distribuye á todos los reservas. El gran, el universal milagro del Salvador es el haberle dado, con su Espíritu, esas virtudes divinas. No se muere de hambre en el Reino fundado por él. Hasta los mismos miserables allí son recogidos y hallan la abundancia de los banquetes paternales.

Este es el milagro mas popular que Jesús ha hecho. El no se dirige, como los demás, á un solo individuo, sino á toda una multitud; él tiene una significación profética, porque él revela con un nuevo esplendor una de las más elevadas funciones del Mesías.

Los millares de hombres sin viveres, he aquí á la humanidad hambrienta: ¿qué alimento puede nutrirla y saciarla? Un solo ser, Dios, él es á quien es preciso ver en el símbolo de esos panes y de esos peces. Jesús atrae á la humanidad en el

desierto de este mundo, él la reúne, la agrupa en falanges ordenadas, la dá el orden y la paz, y, de pie en medio de ella, satisface su hambre; el alimento celestial se multiplica en sus manos, y se escogió apóstoles para distribuirla con una generosidad y una potestad inagotables.

Esta escena de la saciedad milagrosa de la multitud en el desierto, en Bethsaida, ha quedado viva, con las menores particularidades, en la memoria de los que fueron testigos. Los cuatro Evangelios la refieren,¹ y á pesar de las variaciones de su narración, lejos de contradecirse, ellos se completan.

La crítica que niega lo sobrenatural está condenada á suprimir este hecho de la historia; porque es esencialmente milagroso, y ninguna exégesis racionalista le quitará ese carácter. Es preciso tomarle tal como él es ó suprimirle. Explicar la saciedad de la multitud para el contentamiento interior ó el arrobamiento en el cual la había lanzado la elocuencia de Jesús, pretender que cada uno tomara las provisiones de su saco y que se vivió de frugalidad, esos expedientes pueriles hacen refr y no merecen ser discutidos.

La doctrina mítica ha tropezado con dificultades insuperables para demostrar la formación de esa narración. Ella ha recordado el maná del desierto y las codornices,² la provisión de harina y de aceite de la viuda de Sarepta,—provisión que por la oración de Elias, no se agotó durante la duración del hambre;³—el hecho de Eliseo alimentando en tiempo de penuria á cien hombres con veinte panes y un poco de trigo aplastado.⁴

Mas hay distancia de esas analogías vagas á la narración milagrosa, llena de detalles circunstanciados que el mito no explica. ¿Por qué cinco panes y cinco panes de cebada? ¿Por

¹ Mat., XIV, 13-21; Marc., VIII, 1-9; Luc., IX, 11-18; Juan, IV, 1-13.

² Exod., XVI; Deut., XI.

³ I Reyes, XVII.

⁴ II Reyes, IV.

qué los peces y por qué dos? ¿Por qué cinco mil personas? ¿Por qué grupos de á cincuenta? ¿Por qué dos hileras de á cien? ¿Por qué doce cestos? Entre la hipótesis de una invención detallada al antojo y de un hecho real, el historiador que no desdeña el testimonio formal de los documentos y que no coloca una filosofía entre la realidad y su razón, nunca vacilará. Por prodigiosa que sea esta escena, ella nos pone en pleno dominio histórico. La semejanza entre varios hechos separados por los siglos en la vida de un mismo pueblo, no puede autorizar á ver en los últimos, con desprecio de la afirmación de testigos, una leyenda inventada al antojo; ¿qué historia resistiría á semejante teoría?

Por otra parte, el valor histórico de la multiplicación milagrosa de los panes está garantizada contra la escuela mítica que la niega, y contra la escuela racionalista que trata de atenuarla, por el lugar mismo que ella ocupa en la vida de Jesús. No se trata de un acontecimiento cualquiera, de un milagro más ó menos en la multitud incalculable de prodigios de los que está llena esta vida; se trata de una obra que va á marcar el fin de su apostolado en Galilea, provocar el desenlace, hacer aparecer el resultado.

La evangelización de Jesús tenía por objeto mostrar á todos que el tiempo del Reino mesiánico ya había llegado, manifestar la naturaleza de ese reino y probar que él mismo era el fundador y el jefe. Con este designio él predica de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, cura á los enfermos, promulga sus preceptos nuevos, atrae á él á todas las almas de buena voluntad, combate las preocupaciones del pueblo y de los doctores, pasa las noches en la oración, se forma discípulos y se rodea de sus apóstoles. Después de dos meses de una actividad incesante, á pesar de la oposición pérfida y sin tregua de los Fariseos y de los letrados, á pesar de los fracasos parciales, como las dos tentativas de Nazareth, el pueblo entero ha sido puesto en conmoción. La multitud está en la mano de Jesús, él es el Señor; encantada por su elocuencia y su doc-

trina, exaltada por sus prodigios, ella le sigue por donde quiere que va. En los primeros días él podía escapársele subiendo á la barca y diciendo á Pedro: "Vamos á alta mar," ú ocultarse á su busca huyendo al desierto; ahora el desierto mismo no le defiende, ella acude ahí á reunírsele. Jesús no es solamente para ella un profeta, un enviado de Dios, como le llamaba Nicodemus y como el mismo pueblo le había llamado más de una vez; él es el Mesías. La soledad de Betsaida, después del milagro de la multiplicación de los panes, repercutió con una gran exclamación:—He aquí al profeta esperado, aquel que llega, aquel que ha anunciado Moisés, he aquí al Hijo de David!

Esta aclamación popular, que parece el triunfo de Jesús, constituye en realidad el peligro más temible de su obra. El va á desplegar, para conjurarle, toda su fuerza, toda su calma, todos los recursos de una sabiduría divina.

Sin duda él es el Enviado esperado y el Mesías prometido, pero no el Mesías soñado por la conciencia engañada de ese pueblo. El no es el Mesías carnal, terrestre, nacional, político, él es el Mesías espiritual, celestial, humano, religioso. Su Reino nada tiene de común con los reinos de este mundo. Toda su predicación ha sido consagrada á desvelar á la naturaleza, ya en palabras discretas, en figuras y en parábolas, ya en términos expresos y enérgicos. El no se ha reclamado de nadie, si no es del Espíritu de Dios, él no ha querido sino salvar y curar, proclamar la verdad, derramar la vida en las almas muertas; jamás, en ningún caso, él ha dicho una palabra, verificado un acto, que pudiera halagar la ambición del pueblo ó las ideas falsas de los doctores. Pero los doctores no han querido comprender, y la conciencia ruda de la masa no ha podido ver. Algunos elegidos únicamente han entendido y comprendido.

Con excepción de los discípulos y de los apóstoles, la multitud, á pesar de su entusiasmo, queda ciega, y como ella no se eleva á la altura de la doctrina de Jesús, relativa al verda-

dero reino mesiánico, ella no se libera de sus propias preocupaciones, relativas al verdadero Mesías.

Esos Galileos ardientes y belicosos siempre están preocupados por el sueño de Judas el Gaulonita. Lo que ellos quieren es un jefe armado, un conquistador, un libertador. La pasión política les inflama y les exalta, y su entusiasmo por Jesús llega al paroxismo; ellos se excitan los unos á los otros y forman el complot de robar á Jesús, de llevarle á Jerusalem quizá y de proclamarle Rey á la faz del pueblo.¹

El momento era crítico.

Los movimientos populares son terribles, arrastran á los más fuertes y desconciertan á los más hábiles; pero ningún peligro ha hallado en defecto á la sabiduría del Maestro.

Si Jesús, para ocultarse hubiera vuelto á partir con sus discípulos, la agitación, en vez de apaciguarse, amenazaba extenderse y estallar en Galilea; si él hubiera permanecido con los suyos en medio de la multitud, él les exponía al contagio de la conmoción. La efervescencia popular es como el incendio: no se resiste á sus llamas devoradoras. Galileos también, los discípulos no escapaban á los ardores de la multitud. Todo lo que glorificaba á su Maestro debía halagarles. Ellos estaban muy distantes todavía de penetrar los designios de Dios en la obra mesiánica, y si ellos creían en el triunfo, ellos no le concebían sin potestad terrestre. Jesús proclamado Rey por el pueblo galileo, esa debía ser la señal resplandeciente de su Reino.

Jesús vió el peligro, y con una decisión que no conocía ni lentitud ni incertidumbre, él salvó desde luego á sus discípulos.

Se habían aproximado á la ribera, después de la comida milagrosa; el Maestro ordenó subir á los suyos en la barca é ir delante de él á la otra orilla, á Betsaida en Galilea, mientras que él despedía al pueblo. Los discípulos aceptaron con

¹ El término ἀπαρξίτω, arrebatarse, no permite dudar del sentido que damos á este pasaje.

cierta resistencia la orden del Maestro, quien debió, para obligarles, usar de toda su autoridad.

La barca se alejó, y Jesús despidió á la multitud. El la dominaba, la encantaba, no la sufría jamás. De todos los hombres que ella ha aclamado como libertadores en esos tiempos agitados en los que eran fáciles los motines, él es el único que no ha cedido á esos arrebatos. El sigue la voluntad de su Padre, y es á su Padre á quien se levanta para escapar de los hombres que se ponen en contra de su vocación.

Mientras que la multitud se dispersaba, él subió á la colina, solo, para orar, y desapareció en la noche.

Mientras que Jesús estuvo allí en la montaña, la barca quedó en medio del lago. El viento del oeste sopló tempestuoso; la barca estaba agitada por las olas y los discípulos se fatigaban de remar. Los que conocen la pequeña mar de Tiberiades saben la vehemencia de los vientos que la agitan de repente: los remeros más intrépidos tienen trabajo para defenderse.

Jesús no olvidó á los suyos, él les veía en espíritu, y su espíritu, sin su noticia, estaba con ellos. A la cuarta vigilia, se llegó á ellos caminando sobre el mar y las olas.

Como nuestra voluntad, en el dominio estrecho en que ella ejerce su imperio, triunfa á cada paso de la ley de la gravedad y libra á nuestro cuerpo á quien ella mueve, eleva, transporta, la voluntad de Jesús cuyo dominio no conoce límites, porque Dios está plenamente en ella, libró á su cuerpo en esta circunstancia, de las leyes del espacio y de la gravedad, ella le sostuvo sobre las olas, y apareció de repente delante de la barca, á la vista de sus discípulos.

Esta aparición repentina les espantó: ellos creyeron en un fantasma y lanzaron gritos de terror.

Pero inmediatamente Jesús les habló:

—“Tranquilizáos, soy yo; no temáis nada.”

—Maestro, dijo Pedro, si soís vos, ordenadme que llegue á vos sobre las aguas.

—“Ven,” le dijo Jesús.

En el acto Simón bajó de la barca y caminó sobre las aguas para ir hacia su Maestro. Mas la violencia del viento le causó miedo, y como él se sumergiese:

—Maestro, exclamó, salvadme!

Jesús, extendiendo la mano le cogió:

—“Hombre de poca fe,” le dijo con reproche, “¿por qué has dudado?”

Entonces los discípulos quisieron tomarle en la barca. Cuando él subió, el viento cesó de repente y la barca se halló en el mismo lugar á donde debían abordar.

El milagro de la multiplicación de los panes les había dejado insensibles: como la multitud saciada, ellos estaban preocupados sin duda con pensamientos terrestres y proyectos de gloria mundana. El hombre cegado por su propia vanidad no ve la obra de Dios. Pero que el peligro le oprima y le arranque á sí mismo, obligándole á mirar más alto, su vista se abre inmediatamente con su corazón; él comprende y él adora.

La venida de Jesús sobre la mar agitada y la calma súbita traída por su presencia arrojaron á los discípulos en el estupor; al bajar á tierra se prosternaron á los pies de Jesús y le dijeron:—Vos soís verdaderamente el Hijo de Dios.

En vez del reinado terrestre que Jesús huye, desdena y sacrifica á su vocación mesiánica, el Padre celestial le da una soberanía divina, y á fin de arrancar á sus discípulos de las seducciones de la una, les da testimonio de la gloria resplandeciente de la otra; con semejantes revelaciones él les domina y les transforma.

Al bajar de la montaña, después de su larga oración, él deja irradiar su potestad hasta en su cuerpo mortal. El ordena á la naturaleza y á sus fuerzas, él no conoce la gravedad, las olas le sostienen, dóciles, y camina sobre ellas.

Esta barca agitada por la tempestad, que lleva á sus disci-

pulos y debe, á pesar de los vientos contrarios, ir de una orilla á la otra, es la imagen de la Iglesia, su Reino en medio del mundo. Ella lucha en plena noche contra todas sus fuerzas desencadenadas, para llegar á la ribera eterna á donde ella ha recibido la orden de abordar. Mientras que ella resiste á la tempestad, Jesús ora solo en la montaña de Dios; él llega en socorro de su debilidad, se presenta de repente, luminoso y tranquilo delante de los remeros y les dice la palabra de confianza y de paz. Cualesquiera que tenga fe en él, puede caminar como él sobre las aguas, dominar todos los elementos en rebelión, las tinieblas, el viento, la mar. Cualesquiera que se espante y pierda la confianza es vencido; pero basta un grito al Maestro para ser relevado y salvado. El entra en la barca, y desde que él pone el pie, con su sola presencia, se opera la calma y se aborda; él es la ribera, él es la eternidad.

Mientras que sobre la ribera occidental á la entrada del llano de Gennesar, los discípulos adoraban al Hijo de Dios, he aquí lo que pasó en la ribera oriental de Bethsaida que acababa de dejar Jesús.

La multitud despedida por él la víspera había vuelto en la mañana. Habiendo observado que una sola barca se hallaba en la ribera, que Jesús no había entrado en ella, y que sus discípulos habían partido sin él, ella esperaba volver á hallarle. Sin embargo, el complot para proclamarle Rey no se había disipado con la noche; los motores buscaban á Jesús, y al no encontrarle, partieron para Capharnaum en bajeles venidos de Tiberiades, con la esperanza de reunirse lo más pronto al Profeta.

El encuentro tuvo lugar, en efecto, del otro lado del lago, en el momento en que Jesús volvía con sus discípulos de Bethsaida á Capharnaum, y ella le obligó á precipitar el desenlace de la crisis.

Cuando el hombre de Dios, en lucha con las pasiones y las preocupaciones de la multitud, ve amenazadas la independen-

cia y la santidad de su ministerio, ya no es la hora de las reticencias, es preciso romper los velos y afirmar la verdad en su plenitud; los corazones falsos é hipócritas morirán; pero las almas rectas y fieles vivirán y la verdad triunfará.

Esto es lo que explica la enseñanza de Jesús y las pláticas que se van á leer después de la narración del cuarto Evangelio. Ellas son, por la grandeza de las afirmaciones, la audacia de las fórmulas, la energía de los símbolos, la intensidad de la luz, de una potestad irresistible. Bajo el punto de vista de la acción, ellas representan en esta coyuntura tan grave, el mayor esfuerzo de Jesús para despreocupar á los Galileos de los vanos sueños de su mesianismo político, é iniciarlos en la verdad de su carácter espiritual y divino.

—Maestro, dijeron á Jesús al abordarle los que le buscaban, ¿cuándo pues habéis venido aquí?

Pregunta curiosa á la que Jesús ni responde; él va recto al sentimiento íntimo de sus interlocutores, y desenmascara de una vez lo que hay de falso, de interesado, de pérfido, quizá, en la adhesión que se le atestigua.

—“En verdad, en verdad, yo os digo, vosotros me buscáis no porque hayáis visto las señales, sino porque habéis comido de esos panes y habéis sido saciados.”

Esta palabra severa es la condenación, el repudio absoluto del mesianismo carnal que encantaba á la imaginación de los Galileos y de la gloria miserable que ellos ofrecían á Jesús.

Sus milagros son signos y símbolos que es preciso descifrar y comprender. En apariencia, ellos no prueban más que su potestad sobre la materia y sobre los cuerpos; en realidad, ellos revelan su potestad sobre el alma y los espíritus. Aquellos á quienes curó de las enfermedades corporales deben pedirle la salud del alma; los que él sacia con un pan terrestre deben pensar en el alimento celestial. El no viene á fundar un

reino en el que, según la ilusión judía, levantará un festín para la alegría grosera del pueblo de Dios, él viene á inaugurar el Reino en el que los pobres de espíritu se saciarán y se embriagarán del Espíritu. La multitud que había acudido á Bethesda no veía sino el milagro, ella no comprendió el signo. Saciada por él, ella no le pedía más que la materia, él la rechazó indignado y ofendido.

Pero su acento se dulcificó después de esta ruda lección.

—“Hay dos alimentos,” exclamó: “el uno que perece, el otro que permanece para la vida eterna. “Trabajad,” no para el que perece, sino para el que permanece eternamente. Este el Hijo del hombre os lo dará, porque es él quien ha sido marcado con su signo por el Padre, Dios.”

La luz resplandeció.

Jesús se manifiesta en su misma divinidad; su marca y su signo, es el Espíritu de que está lleno: es preciso pedirselo, porque él es el alimento eterno con el que debe vivir el alma inmortal.

Ningún maestro religioso ha penetrado tanto antes que Jesús en la profundidad de la naturaleza humana, sentido como él sus aspiraciones sin límites, gemido con más dolor sobre sus miserias; él la sabía abrumada, hambrienta y vacía; todos sus esfuerzos tenían por objeto atraerla á él que solo puede levantarla, iluminarla, saciarla. El acento con el que hablaba y del que aquí hallamos el eco, era conmovedor. No se resistía á esta fuerza persuasiva que se abría á la conciencia y arrancaba á su sinceridad gritos profundos y punzantes.

Su invitación para buscar el alimento del Espíritu fué tan apremiante, que olvidando un momento sus preocupaciones terrestres, los Judíos exclamaron:—¿Qué haremos, pues, para cumplir la obra que Dios ordena y tener la vida que no perece?

—“La obra que Dios ordena,” respondió Jesús, “es creer en aquel que él ha enviado.”

Crear: toda la religión de Jesús, todo el secreto de la vida eterna está en esta sencilla palabra. Para vivir de la tierra, el

hombre debe aplicar allí su energía y su actividad, porque ella no es fecunda sino á este precio; mas para vivir de Dios, el hombre no tiene más que abrirse á él y recibirle; pues bien, esta apertura del alma es la fe. Obra suprema del hombre en sus relaciones con Dios, la fe implica el olvido de sí mismo, el renunciamiento total y el abandono pleno de la palabra á la voluntad, al Espíritu de Dios; y puesto que Jesús se dice el Ser marcado con el signo divino, á él es á quien se debe creer como á Dios.

Semejante doctrina estaba lejos de la enseñanza tradicional de los maestros en Israel. ¿Qué pasa con todas esas obras legales ordenadas por Moisés, y tenidas por los Judíos como la verdadera justicia y la condición de la vida? Ellas son prescritas. Siéntese despuntar toda la religión de libertad evangélica de la que San Pablo será el apóstol.

Jesús, quien la víspera ha rehusado el reinado terrestre, se declara ahora el único enviado de Dios, y en el nombre de su Padre, él apremia al pueblo á creer en él.

El pueblo vacila y resiste.

La última cosa que el hombre concede es la fe total. Hasta al prodigar la admiración, la adhesión, los servicios, el entusiasmo y hasta su confianza, él guarda sus ideas, sus voluntades, sus intereses, y él se reserva, presto á recuperarse, desde que se sienta chocado en sus ideas, contrariado en sus voluntades y amenazado en sus intereses. Nadie, por lo demás, tiene el derecho de pedir la fe absoluta. Al reclamarla para él mismo, Jesús se ha elevado sobre la humanidad, se ha colocado más alto que Moisés, él se ha hecho el igual á Dios.

—¿Cuál es tu signo, le dijeron entonces los Judíos, á fin de que nosotros veamos y creamos en tí? Moisés tuvo el suyo: nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: El les dió á comer un pan venido del cielo.

La multiplicación de los panes no les bastó; semejante prodigio no eleva á Jesús á la altura de Moisés y no justifica para nada á sus ojos sus pretensiones. ¿Qué es la saciedad de

algunos millares de hombres comparada con la potestad de aquel quien durante cuarenta años milagrosamente alimentó á todo un pueblo en el desierto?

Los Rabinos enseñaban que el primer redentor, Moisés, había hecho caer el maná, y que el segundo redentor, el Mesías, renovaría el prodigio. Hállase un eco de esas fantasías en las exigencias de la multitud galilea.¹

Jesús no se detiene en la pregunta de sus interlocutores. Jamás, en toda su carrera en la que no se contaban los milagros, no concedió nada á esta sed de lo maravilloso que devoraba á ese pueblo. Todas esas obras de potestad no tienen otro principio que su bondad y otra condición que la fe. El que crea en él experimenta su bondad, y ella se abre entonces sin límites; pero el que dude y discuta con aspereza, le deja indiferente; él pasa sin comunicarse, abandonando al escéptico á su miseria y á su obstinación.

Aquí, con una grandeza sobrehumana, él afirma que el signo de Dios está en él.

—“En verdad, en verdad yo os digo, Moisés no os ha dado el pan del cielo.” Por celestial que fuera el maná por su origen, él era de esencia material,—figura perecedera del alimento eterno;—pero “mi Padre os da el pan del cielo, el verdadero, porque el verdadero pan de Dios es aquel que desciende de Dios y quien da la verdadera vida en el mundo.”

En este momento hubo en la asamblea algunas almas tocadas é iluminadas:

—Maestro, se exclamó, dadnos siempre ese pan.

Entonces fué cuando Jesús se puso á explicar sin reticencia lo que él era.

—“El pan de la vida soy yo. El que se llega á mí jamás tendrá hambre; el que crea en mí jamás tendrá sed.” Y haciendo alusión á la exigencia obstinada con la que se reclama-

¹ Midrasch Cohelet, fol. 86, 4.

ban de él las señales para venir á él y para creer, insinuó que él mismo era el verdadero signo.

—“Ahora,” añadió, “vosotros me habéis visto y sin embargo no venís y no creéis.”

Jesús es, en efecto, el gran signo de Dios. Jamás, en ninguno de los fenómenos de la historia religiosa, la potestad, la sabiduría, la bondad y la virtud de Dios se han manifestado más plenamente que en la vida, en la palabra, la santidad y las obras del Hijo del hombre. El que al contemplarlas no reconoce al Enviado del Padre, no será iluminado y convencido por nada. Pedir todavía milagros semejantes á los de Moisés haciendo llover el maná, de Josué parando al sol, ó de Elías cerrando el cielo por su oración, para que él no vierta ni lluvia ni rocío, es hacer prueba de una ceguera incurable. Dios se aparta de esos obstinados; si él ama manifestarse á los pobres y á los humildes, él permanece inaccesible á los espíritus que se atrincheran detrás de sus instintos groseros, su ciencia altiva y su egoísmo.

Esta incredulidad persistente afligió y abrumó á Jesús. Él sintió en esa misma hora todo el peso.

El había dado en la alegría de su corazón y en la señal de su Padre, una fiesta á todo ese pueblo de Galilea, celebrado en pleno desierto con él una Pascua milagrosa; el pueblo de ella nada había comprendido; en vez de pedirle el pan de la vida, él quiso el pan material; en vez de elevarse por ese símbolo, él se encerró en sus ideas y estrechas preocupaciones. Semejante fracaso fué para Jesús la anticipación del sabor amargo de la suerte que le aguardaba en Jerusalem mismo cuando él apareció para manifestarse por última vez, á la faz de los representantes de la nación.

Mas el pensamiento de su Padre le consoló de todos los reveses que debía sufrir de parte de los hombres. La obstinación de los incrédulos no impedirá la obra del Padre; ella se cumplirá con sus elegidos; los réprobos no perderán más que á ellos mismos y harán resplandecer la justicia de Dios.

Por lo tanto, Jesús con una calma llena de seguridad, les dijo: —“Todo lo que me dé el Padre vendrá á mí; y el que viene á mí no le arrojaré afuera, porque yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Y he aquí la voluntad del Padre: que yo no pierda nada de todo lo que él me ha dado, sino que le resucite en el último día.”

—“Sí,” replicó él insistiendo, “tal es la voluntad del Padre: el que vea al Hijo y crea en él, tendrá la vida eterna y yo le resucitaré en el último día.”

Venir á Jesús, creer en su palabra, es un don de Dios. El hombre que se encierra en él, en su propia razón, en sus errores, en sus vicios, en sus instintos, en su egoísmo, no puede recibirle. El que al llamamiento del Padre, es decir, del bien, de la verdad y de la vida, toma conciencia de su miseria y de su pequeñez, aquel vendrá y creará; Jesús no le rechazará; no tendrá ni rehusamiento ni decepción; todo lo que él espera será realizado, porque la voluntad de Jesús y sus poderes están á la altura de todas las aspiraciones del hombre; él hallará en él la vida eterna que resume todas sus aspiraciones, la fuerza de conservarla y de desarrollarla en este mundo en donde todo le es contrario y en donde todo muere; y tal es la potencia de vida concentrada por el Padre en el Hijo del hombre, que ella vencerá hasta la muerte física; y en el último día el Hijo del hombre resucitará todo lo que el Padre le ha dado.

Jesús, al afirmar sus poderes, reivindicó uno de los atributos más populares del Mesías, y recordó la hora de su triunfo final, en la que todos los nuestros escucharán su voz y resucitarán corporalmente. En lugar del miserable imperio terrestre que los Galileos ambicionaban para él, he aquí el reinado verdadero que él reclama. Este no le engañará; él tiene la certidumbre divina, y los fracasos que él experimente en este mundo, lejos de disminuirla, no podrán más que aumentar la gloria.

Todas esas declaraciones, de una fuerza y de una claridad crecientes, son la profesión de fe del verdadero mesianismo.

Jamás, desde el primer día de su vida pública, ni en Judea, ni en Galilea, ni en sus discursos al pueblo, ni en sus pláticas privadas, tales como les conocemos, Jesús tuvo un lenguaje tan expresivo. Es cierto que ninguna circunstancia lo había exigido más imperiosamente. En presencia de las empresas de la multitud extraviada por sus preocupaciones respecto al papel del Mesías, él debió desprenderse de toda solaridad comprometedora; esto es lo que explica el tenor de semejante discurso, cuya autenticidad adquiere de esta manera un valor irrefutable.

Al declarar á los Galileos la naturaleza y la obra del héroe mesiánico, él se muestra en la divinidad de su ser y de sus funciones; él hace ver su origen divino, sus relaciones inefables con el Padre, su poder igual á Dios; él descubre por esto el sorprendente destino del hombre, y,—lo que hay de más maravilloso,—no es que ante un personaje semejante y una semejante acción, la masa judía haya permanecido incrédula y obstinada, sino que los pobres hayan recibido su doctrina, se hayan abierto á su espíritu, hayan obedecido á su influencia á pesar de todos los obstáculos capaces de oponer cualquier otra fuerza que la de Dios.

La verdad subleva á todos los que se apartan de ella y la rechazan; las palabras de Jesús arrancan murmuraciones:

—El ha osado decir, cuchicheaban ellos: Yo soy el pan de vida bajado del cielo. ¡Qué! acaso Jesús no es el hijo de José? ¿nosotros mismos no conocemos á su padre y á su madre? ¿Cómo entonces puede decir: Yo he bajado del cielo?

Esta fué la gran objeción de los Judíos contra la mesianidad de Jesús, se la halla á cada paso; los Nazarenos la habían ya formulado; ella se renueva aquí, en oposición directa con el origen divino del que Jesús se prevaecía.¹

¹ La crítica ha creído ver ahí una objeción decisiva contra la realidad de su nacimiento y de su concepción milagrosas. Ella olvida dos cosas: la obscuridad y el misterio que hacía treinta años habían cubierto este hecho divino, la inconveniencia de recordarlo ante una multitud hostil en la que no hubiera hallado sino incredulidad y desprecio.

El milagro del origen de Jesús no es un motivo de credibilidad para los incrédulos, él es

Jesús no se detiene en refutar á sus adversarios. No es la objeción la que impide creer, es la disposición interior, él va á desenmascararla.

—“No murmuréis,” no discutáis. “El que no es atraído por el Padre, no vendrá á mí;” él no verá el signo, él no comprenderá, él no creerá. “Mas yo lo repito, al que mi Padre me envía, yo le resucitaré en el último día, yo le llevaré á la perfección absoluta.”

Las objeciones contra Jesús tienden siempre á la ceguera de los sentidos, á la estrechez de la razón, á la resistencia de la voluntad. Ahora, aquellos á quienes el Padre atrae,—el Padre, fuente oculta, infinita, de la verdad, del bien y de la vida,—escapan á esos obstáculos, ellos renuncian á ese particularismo que nos oprime y en el cual nuestra sensibilidad y nuestras voluntades inconstantes nos aprisionan, ellos siguen el impulso secreto y profundo que les arrastra hacia la virtud absoluta, el bien total, la eterna vida, y el Padre les lleva á Jesús quien ha sido escogido por él para darle la verdad, la bondad y la vida. Así es como él les perfecciona, y es tal la plenitud de vida con las que Jesús les inunda, que el mismo cuerpo sufrirá el rechazo; un momento vencido por la muerte, vencerá á la muerte en el último día á la voz de aquel que le resucitará.

Los Judíos, al obstinarse en su particularismo, en su legalidad, su falsa religión, su mesianismo terrestre, se cierran al atractivo del Padre; ellos no son discípulos, sino los esclavos de su Ley, y esta es la razón por la que ellos no pueden creer en Jesús. Al revelárselas, pone en descubierto el misterio de la incredulidad de todos los siglos futuros. Persistiendo las mismas causas en la humanidad producen los mismos resultados.

Lo que el Maestro enseña aquí, no es sino la doctrina de

de aquellos que confirman la fe en el alma de los creyentes y que sólo los creyentes tienen la fuerza de aceptar.

los profetas. Está escrito, en efecto, que todos los miembros de la comunidad mesiánica serán enseñados de Dios.

—“Sí,” dijo Jesús, insistiendo sobre este hecho primordial de la vida divina en el hombre, “todo el que ha escuchado al Padre y aprendido de El, viene á mí. No cualquiera que haya visto al Padre, sino aquel que viene de Dios; este solo ha visto al Padre.”

Sentir el atractivo del principio de todo ser, de toda verdad, de toda virtud, de toda vida, esto no es verle; es atestiguar por el contrario que se está lejos de él, pero que se puede llegar, puesto que él nos atrae. Sólo Jesús no conoció esta sed, porque él está en la misma fuente, y sólo él puede conducir ahí á las almas á quienes devora esta sed; él es aquel que viene de Dios, y él no ha descendido de Dios sino para subir á Dios y llevar ahí á todos aquellos que vienen á él.

Volviendo á tomar la idea que había chocado á los Judíos y provocado sus murmuraciones, él se afirmó de nuevo con una solemnidad más elevada.

—“En verdad, en verdad yo os digo, el que cree en mí tiene la vida eterna, porque yo soy el pan de vida. Vuestros padres han comido el maná y han muerto. He aquí el pan descendido del cielo, á fin de que el que coma no muera. Yo soy el pan vivo descendido del cielo; si alguno come de este pan, vivirá la vida eterna.”

Al llamarse el pan vivo, Jesús, por esta expresión más enérgica, declara con una claridad más intensa que él no es solamente el pan que hace vivir, sino que él mismo es la vida de Dios, realizado en una naturaleza humana.

El va á multiplicar sus paradojas divinas y llevar hasta el paroxismo el escándalo de los Judíos carnales, al mostrar cuál debe ser el papel de esta humanidad que las rechaza en él y con el cual él salvará el mundo.

—“El pan que yo daré,” dijo, “es mi carne; yo la daré por la salud del mundo.”

El pensamiento del Maestro en esta plática, se despliega y crece con la oposición que él suscita. A cada murmuración él estalla y se presenta más profundo.

Como él habla, algunos meses antes, al instruir á Nicodemos, comparado el Hijo del hombre á la serpiente levantada por Moisés á la faz del pueblo, hoy parece pensar en la comida pascual; él deja entender que él será el cordero inmolado, la verdadera víctima, la nueva Pascua que deberá ser comida, no por el pueblo, sino por la humanidad entera.

A esta palabra, "el pan es mi carne," un violento debate se empeña entre los Judíos.

—¿Cómo, exclamaron, él puede darnos á comer su carne? La repulsión llega al colmo.

Lejos de atenuar su pensamiento para calmar los espíritus, Jesús, decidido á romper con esta multitud que no quiere entrar en su Reino y que se convierte en un obstáculo para su realización, refuerza sus afirmaciones y aumenta la tempestad.

—"En verdad, en verdad yo os digo, si vosotros no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdaderamente alimento y mi sangre es verdaderamente bebida."

He aquí el papel de la humanidad de Jesús en la salvación del mundo, en el Reino mesiánico, y de los más profundos misterios de la doctrina del Maestro. No es solamente su Espíritu divino quien obra, es su alma y su cuerpo mortal, su carne y su sangre, en una palabra. No basta comulgar á su Espíritu, es preciso comulgar á su alma, á su cuerpo, á su carne y á su sangre, á su persona, á todo su ser. La Eucaristía aparece netamente aquí, en este lenguaje lleno de provocación á la sabiduría judía y á toda razón de hombre. Jesús no se contenta con morir, con entregar su carne como una víctima, él quiere que se coma y que se beba su sangre. Su sabiduría infinita sabrá realizar y permitir al hombre esta incorporación

total. El creyente que coma su carne y beba su sangre, hallará la vida eterna; porque ahí encontrará el Espíritu de Jesús, inseparable de la una y de la otra, y por este Espíritu la una será su alimento y la otra será su bebida.

—"El permanecerá en mí," dice Jesús, "y yo en él." La unión será plena, y la unión á Jesús vivo producirá la vida en la humanidad muerta.

—"Así como mi Padre,—El Viviente por esencia,—me ha enviado y que yo vivo por mi Padre, el que me coma, vivirá lo mismo por mí."

El lenguaje humano no conoce palabra más sorprendente por su profundidad. Hay dos vidas: una natural, otra divina; una en la naturaleza, otra en Dios. La primera no es embargable por el hombre sino en un alimento terrestre y material que sirve para alimentarle; la segunda no es accesible sino con la humanidad de Jesús. El hombre que rehusa asimilarse la primera con el alimento, muere; igualmente, el hombre que rehusa asimilarse la segunda con la carne y la sangre de Cristo, muere. Ella es el pan y la bebida.

Al terminar esta escena, una de las más extraordinarias de su vida, Jesús afirmó de nuevo lo que él era, con estas palabras que le revelan por completo.

—"He aquí el pan descendido del cielo." El os es ofrecido. Vosotros sois más privilegiados que vuestros padres. "Ellos han comido el maná, y han muerto; el que come este pan vivirá eternamente."

Esta es la llamada suprema á ese pueblo: rechazarle, es morir; aceptarle, es vivir.

El pueblo le rechazó y murió.

Estas cosas fueron dichas, en asamblea solemne, en plena sinagoga, en el mismo Capharnaum.

La crisis del falso mesianismo está conjurada. Como él había rechazado, cuando su tentación en el desierto, los ofrecimientos de Satanás proponiéndole el reino de la tierra, con

la condición de que él se le sometiera, Jesús, en el momento de su más elevada influencia sobre el pueblo galileo, rechaza todo reino terrestre y todo compromiso con las pasiones populares.

La idea del Mesías, durante más de siglo y medio, partiendo de los últimos tiempos de Herodes hasta el reinado de Adriano, no cesó de tentar á los ambiciosos. Judas, el Gaulonita, Theudas el Egipcio, Barkochéva, todos esos falsos héroes han sufrido ó explotado á la multitud y provocado con ella revoluciones sangrientas, todos han hallado para aplaudir á sus ilusiones insensatas, doctores que legitimaban por la ley y los profetas sus planes y su misión de violencia. Los Fariseos consentían en ser la piel de oveja que cubriese á esos lobos devoradores. Sólo Jesús permanece puro de esas miserias; y sólo él realiza el tipo del Mesías espiritual.

Los discursos que él dirigió al pueblo durante varios días, y que el cuarto Evangelio ha reasumido con rasgos tan poderosos, han suscitado una verdadera tempestad. El tomó en su mano el arnero, y separó, con el soplo vehemente de la verdad, la paja estéril del buen grano. La masa fué arrojada, lo mejor fué conservado. Todos los que no han sabido renunciar á su sabiduría pretendida, á sus ambiciones nacionales, á su religión formalista, á sus esperanzas terrestres, le han dejado poco á poco, ofuscados, decaídos, embarazados, escandalizados. La conmoción producida por la palabra del Maestro, la tempestad desencadenada, tuvo tal violencia que muchos de los mismos discípulos, aun aquellos que con él vivían, fueron trastornados.

—Esta palabra es dura, exclamaron, ¿quién puede escucharla? Jesús velaba por los suyos; escuchó su murmuración.

—“Esta palabra os escandaliza,” les dijo, “y si, un día, venís á ver al Hijo del hombre subiendo á donde él estaba antes; ¿le creerías entonces?”

El hace alusión á su triunfo futuro, del que la ascensión al cielo será la prueba resplandeciente; porque ella demostraría

que si el hombre tiene potestad momentánea sobre la humanidad de Jesús, él no puede nada sobre su Espíritu, fuerza incoercible y soberana.

—“El Espíritu,” les dijo, “es el que vivifica; la carne por sí misma no tiene eficacia. Las palabras que yo os digo Espíritu y Vida son.” Ellas realizan y obran lo que ellas expresan.

Toda la potestad vivificante de Jesús viene del Espíritu del que desborda su humanidad terrestre; y si su carne y su sangre pueden alimentar al hombre que se les incorpora por la fe, es porque el Espíritu divino está en ellos.

Pero para participar de este Espíritu, es preciso creer;—“Y hay entre vosotros,” agregó Jesús, “quienes no creen.”

Ninguno duda que el Maestro discernió con una plena claridad los sentimientos íntimos de los que venían á él. Si él permitió á las naturalezas mal intencionadas unirse á su persona, fué evidentemente para darles un medio más eficaz de transformarse. Al señalarlas aquí, sin nombrarlas, él las solicitaba al arrepentimiento y á la fe. Después, siempre llevado al pensamiento de su Padre, cuya voluntad llenó la suya y conduce todas las cosas, él repitió su palabra favorita:—“Después de todo, nadie puede llegarse á mí, á menos que no le haya sido dado por el Padre.”

Desde este momento, muchos de sus discípulos, cediendo al movimiento que alejó de Jesús á la masa del pueblo, se retiraron, y no siguieron ya en su séquito. Este abandono debió entristecerle. Allí había como una traición. Sin embargo, un pensamiento le consoló: él vió en esta ruptura la depuración necesaria para su obra; él hubiera querido obrar de esta manera con respecto á los Doce, porque, ahí también, su penetración divina descubrió una mala mezcla.

Volvióse á ellos diciendo:

—“También vosotros queréis retiraros?”

Pedro, con su ardor y su entusiasmo, respondió en nombre de todos:—Maestro, ¿á quién entonces, á quien íríamos? Vos

teneis palabras de vida eterna. Por lo que toca á nosotros hemos creído y hemos conocido que sois el Santo de Dios.

Hablando de esta manera, el alma expansiva de Pedro no hacía más que revelar todo aquello que ya había experimentado, él y sus colegas, con el contacto de Jesús.

El Maestro, aunque conmovido por ese arranque, no le aceptó sin reserva. Sabía que, entre los Doce, había un traidor. Lo dijo manifestamente, con una palabra que hizo brillar á la vez todo su amor por los que había escogido y la ingratitud de uno de ellos.

—“¿No soy yo quien os ha escogido? ¡Y uno de vosotros es un demonio!”

Judas no se reconoció en la alusión severa de Jesús. El hipócrita aceptó como suya la generosa profesión de fe de Pedro, y permaneció entre los Doce.

La voluntad del Padre es que la zizaña, siempre, en la tierra, esté mezclada con el buen grano.



CAPITULO X.

VIAJE DE JESÚS Á LOS CONFINES DE TIRO Y DE SIDÓN Y Á TRAVÉS DE LA DECÁPOLIS.

Después de la crisis cuyas peripecias acabo de referir, la situación de Jesús en Galilea, se dibuja. El pueblo en masa, cegado por sus preocupaciones religiosas y políticas, rehusa seguirle y entrar en ese Reino cuya espiritualidad le desalienta. Muchos entre sus discípulos le abandonan, escandalizados. Los Fariseos y los letrados continúan espiándole, persiguiéndole y desacreditándole en la opinión; el tetrarca le vigila y le amenaza: todo es de temerse de aquel que ha decapitado á Juan y quien, en la turbación de su conciencia, se imagina verle revivir en Jesús. Al lado del Maestro no permanecen más que los Doce y un cierto número de discípulos.

Humanamente, la causa está perdida.

La elocuencia, la sabiduría, los prodigios, la bondad, las manifestaciones incesantes del Espíritu del que Jesús superabunda, nada ha podido vencer la obstinación de ese pueblo endurecido. El admira y aplaude la doctrina, es curioso é insaciable de milagros; pero permanece impenitente é incrédulo. Cuando es preciso decidirse y escoger entre el Evangelio